

Alex, el poeta gay

Eduardo Arochi Tinajero



Capítulo 1

Alex, el poeta gay

Estamos jugando a lo de siempre, a decir porquerías de nuestras mamás: por dónde se la metieron, cómo lo pidió y qué tanto le gustó. Aunque somos todos muy diferentes, nos une una afición por lo morboso y lo grotesco. Nuestro maestro favorito (al único al que en realidad respetamos) usa la metáfora del incesto y del deseo del feto por regresar al útero para explicar toda la literatura y (según él) por lo tanto la vida, cosa que nos da risa y nos deja pensando. Otra cosa que nos une es que todos somos hombres (ojalá a eso llegáramos), preferiríamos que no fuera así (que tuviéramos amigas, no que fuéramos mujeres), pero así está el pedo. En casi todo lo demás somos muy diferentes; cuando estamos todos hablando en círculo los veo a todos y pienso en lo raro que es que todos seamos amigos. Los demás grupitos de la escuela son mucho más homogéneos y por lo general una sola palabra es suficiente para describirlos con precisión: los mirreyes, los judíos, los mallatones, las darks, los pinches argentinos, las mapachas, etc.

Uno de nosotros empezó a pachequear a los diez (y de alguna manera, que no logro entender, su cerebro funciona mejor que el de los demás de nosotros) y se cogió a su niñera a los once mientras que otro amigo, que camina como pato y escupe cuando habla, se escondía debajo de la cama con el pito parado y era vapuleado una y otra vez por las tablas que sostenían al colchón. Aparte de él, todos somos vírgenes (iqué horrible palabra!), preferiríamos que no fuera así, pero qué podemos hacer, por lo menos tenemos manos para jalárnosla y un cerebro para imaginar (cuando nuestros papás están hablando por teléfono y el internet no funciona). Casi ninguno es religioso, aunque todos estamos bautizados o circuncidados (yo no, gracias a Jehová me salvé de la mutilación). Los que a pesar de la invención de la razón aún se suscriben a alguna religión, son sistemáticamente sujetos a acosos y humillaciones, especialmente el que, entre dientes, le reza a su señor don Jesucristo antes de comerse unas pinches Sabritas: que si se come el cuerpo de Chuy Christ con popote, que si el pastor le metió el espíritu santo por el culo y quedó embarazado del mesías, etc. O el judío (pobre judío), que el rabino le bendijo el pispirrín con una lengüetada antes de mutilarlo con la uña afilada del meñique y que después se lo dio a comer en una bandeja de oro a su mamá jipiosa (por eso de las células madres). Uno de ellos nació cuando su mamá tenía tan solo diecinueve y por lo tanto es mucho más joven y guapa (aunque la verdad no es para tanto) que el resto de nuestras mamás, esto lo hizo acreedor del apodo «el niño Edipo», porque cómo no va a querer cogerse a su jefa con esa carita y esas jugosas chichotas que se carga. Uno es gordo, otro es poeta (y por lo tanto gay) y otro decimos que no existe. Lo que dicen sobre mí y mi mamá mejor no lo digo (no soy

tan pendejo).

Cuando nos cansamos de la violencia verbal recurrimos a la violencia física (amistosa, pero violencia después de todo). Jugamos un juego inventado por nosotros mismos llamado «bote pateado» (sin relación alguna con el popular juego del mismo nombre del que no tengo ni idea de cómo se juegue) que consiste en patear una botella de plástico hacia alguien, al que le pegue todos en manada lo agarramos brutalmente a patadas hasta que alcance a patear la botella para salvarse. Su simplicidad es mágica y a pesar de su violencia nunca ha pasado que nos encabronemos y nos agarremos a madrazos de verdad. Edipo patea la botella hacia mí, pero la esquivo, la pateo al que le reza al dios de los Cheetos (a Chester) y le pega en el tobillo, alcanzamos a meterle tres o cuatro patadas en las espinillas y en el fundillo (es lo más homoerótico que se pone este juego, los huevos son tabú) hasta que alcanza a patear la botella y se salva. La botella rueda y se pierde entre un grupo de niñas que nos gritan que somos unos idiotas, que ya crezcamos; pero están feas a pesar de lo que parecen creer y no nos importa lo que piensen. Que chinguen su madre. Alex, el poeta gay, corre hacia ellas para recuperar la botella que se ha perdido entre sus tenis rosas y sus patas gordas y la pateo con todas sus fuerzas hacia nosotros, la botella rebota en una banca e inesperadamente me pega en el ojo. Veo luces eléctricas, cuando abro el ojo para ver si todavía me sirve ya todos están sobre mí agarrándome a patadas. No sé dónde quedó la botella. Alguno, no sé quién, creo que el Sifi (gime muy feo cuando mea), se da cuenta de que no me estoy defendiendo y por piedad le grita a los demás que le paren y se acerca a ver mi ojo y grita: «¡Veeeeergera! Mira lo que le hiciste, pinche Alex». «No mames, pinche Alex, lo dejaste tuerto, cabrón». Y después todos en concierto: «¡Veeeeergera!». El Goma (el gordo maricón) me dice: «Yo que tú le rompo su puta madre». Aunque me duele un poco, puedo ver perfectamente. Estoy bien, solo fue el golpe. Alex se acerca a mí y me dice: «Verga, güey, perdón, fue sin querer, no te quería dar en la cara». «No hay pedo —le digo—, estoy bien». Pero después el amante sexual de Cristo grita: «¡Verga, yo he visto sangre por menos!». Y después todos en unísono: «¡Putiza, putiza, putiza!». Volteo a ver a Alex que se pone rojo y sonrío incómodo mientras ve el piso. Toda la gente, atraída por los gritos cada vez más bélicos de mis amigos, se unen al coro y comienzan a rodearnos a mí y a Alex. Yo niego con la cabeza que vaya a ver vergazos, qué ridículo putearme al puto de Alex por un pendejo accidente. Alcanzo a ver entre todo el grupo sediento de violencia a la niña que me gusta. Ella no está coreando y no alcanzó a identificar lo que expresa su cara porque solo la veo por un segundo (no vaya a ser que me vea viéndola). Alex no dice nada, solo sonrío nervioso y me vuelve a pedir perdón. Gracias a Dios, llega la maestra de matemáticas (la «miss Mamalia») y le comienza a gritar a todos que se dispersen; todos la abuchean indignados. Nos pregunta a mí y a Alex que qué pasó y nosotros le decimos que nada y

como no creyéndonos nos deja en paz.

Alex y yo en verdad no somos amigos, somos cuates, pero amigos no tanto. Más bien es amigo de mis amigos, juegan futbol juntos en las tardes, a mí me da hueva el fut. No me cae mal, es todo inocente y penoso. Es buena onda, nunca le ha hecho nada a nadie, no habla mucho y deja que nos burlemos de él (escribe poesía y aparte romántica, qué esperaba), él solo se ríe nervioso sin abrir la boca, le dan pena sus dientes todos chuecos y llenos de braquets. Creo que las hormonas de crecimiento que lo obligan a tomar sus papás no le sirven de nada porque parece un pollito. Siempre está perdidamente enamorado de alguna niña diferente y a todas les escribe cartas y poemas súper pinches cursis. Hace poco le escribió un poema a la chica que me gusta, pero es obvio que él tiene mucho menos chances que yo con ella y eso que yo estoy en números rojos. De lejos vi como le recibió el poema sonrojada, cuando Alex se fue se quedo callada sonriendo con una ternura llena de remordimiento mientras todas sus amigas se cagaban de risa. Es muy linda y tierna, por eso me gusta. Por mí que Alex le siga escribiendo para que se de cuenta lo pendejos que están los demás güeyes y cuando por fin le hable sepa apreciarme. Si por algo le debería romper la madre al putito de Alex es por ser más valiente que yo.

Estamos en la clase de historia, suena la campana y todos aliviados de ya no tener que escuchar más sobre el pelmazo de Benito Juárez, nos abarrotamos en la puerta para salir. Alguien —tal vez fue mi amigo el que no existe o el Goma, pero no sé— empuja a Alex contra mí y salgo volando contra la pared tirando un póster sobre las enfermedades de transmisión sexual, un pito infectado de gonorrea cae sobre mi cabeza y todos se ríen de mí y gritan: «¡Uuuuuuuuuuuu!». Pinches simios. Mientras Alex se reincorpora y se acomoda la mochila, con la mirada me dice que él no me atacó. «¡Putazos, putazos!». Llegan otros vergas, no son mis amigos (todo lo contrario) y uno de ellos me dice: «¿Le vas a romper su madre o qué pedo?». «No, pendejo, no me empujó él, el pendejo de Juan lo empujó contra mí. Si tienes tantas ganas de ver a dos hombres revolcarse por qué no mejor entras al cuarto de tu papá sin tocar». Cuando se vaya se me van a ocurrir mil cosas mejores que decirle. Me empuja y yo lo empujo de regreso. Me saca el aire, pero trato de aparentar que respiro normal. A él sí me dan ganas de romperle la madre, aunque, si soy honesto, lo más probable es que pase lo contrario. No sé pelear, nunca me he peleado. Nos amenazamos y nos mentamos la madre un rato, tratamos de herir los sentimientos uno del otro, con mayor o menos grado de efectividad, con injurias e insultos a nuestros gustos musicales, rasgos físicos (en especial el pene), orientación sexual, personalidad e inteligencia; pero se va, dice que no se puede pelear otra vez porque si no lo corren (gracias a Yahveh). Putito. De cualquier forma, mi pelea con Alex ya ha sido programada por el comité *de facto* de peleas clandestinas escolares para terminando las clases, la cita es detrás de las

canchas de basquetbol, un punto ciego para la supervisión adulta.

En la clase de inglés mis amigos comienzan a motivarme y a darme «tips»: «Con uno que le des en el botón, ya valió verga». El botón, ¿qué vergas es el puto botón? «Primero le metes una patada en la boca del estómago, sin aire ya no va a poder ni levantar las manos. Vergazo, vergazo, rodilla en la nariz y adiós putito». «Tú solo colápsale la tráquea, ahí se va a acabar todo», etc. En mi vida los he visto pelearse. Yo les digo que no voy a pelearme con Alex, que todo es una pendejada, no me hizo nada y yo no lo hice nada. «Qué clase de putito eres. ¿Le tienes miedo al putito de Alex?», me dice el virgen padre del mesías. Pero el desvirgado a los once me dice con ojos rojos: «No te vayas a pasar de verga con Alex, está bien enclenque el putito». Alex, medio escondiéndose, se acerca a mi pupitre y susurrando me pregunta que cómo está mi ojo, le digo que bien, que no hay pedo. Me pide perdón, que fue sin querer, le tiembla un poco la voz, le digo otra vez que no hay pedo, que todo chido, nos damos la mano y se regresa a su lugar.

Suena la campana y cuando salgo del salón, salen hombres (sí, ahuevo) de todas las puertas y comienzan a rodearme y a caminar junto a mí, algunos cantan como salvajes. Solo les falta la pintura de guerra y los tambores. Les digo que calmen sus erecciones, que no van a ver a dos hombres toquetearse y mucho menos sin pagar, que les doy permiso para que cuando lleguen a sus casas se imaginen a mí y a Alex haciendo lo que quieran para que se chaqueteen sabroso. Están poseídos, el piso tiembla.

Todo esto se salió de control muy pinche rápido, en la mañana parecía un día normal. Un maestro atraviesa el cerco de salvajes erectos que me rodea y se da cuenta de que algo está pasando, pero no sabe qué. Lo veo a los ojos y sin decir nada le ruego que nos salve, no quiero madrearme a Alex, pero se sigue de largo. Pendejo huevón. Más y más de mis copubertos son atraídos por los gritos de guerra y me veo envuelto y sometido por la manada que parece tomar conciencia propia. Llego a las canchas de básquet escoltado por el público sediento de fratricidio y ahí, en el lugar designado, ya está Alex esperándome rodeado por un séquito más modesto. Está estirando.

Los dos círculos se unen y forman uno mayor delimitando el ring, nos echan al ruedo. No hay nada que pueda hacer, lo que pase ya no depende de mí. Las manos me sudan, me duele el estómago, estoy respirando muy rápido y me quedo sordo, solo puedo escuchar las venas en mi cabeza palpitando. Volteó a mi alrededor, todos parecen simios cachondos y nos ordenan que peleemos como si los dioses demandaran sangre virginal. Alex se ve aterrado, está pálido y parece que el miedo lo va a noquear antes que yo. Con la mirada le digo que esto no es mi idea, pero él ya lo sabe, sabemos que no tenemos alternativa, esto es mucho más grande que nosotros dos putitos. Alguien lo empuja hacia mí y quedamos a solo un paso uno del otro. Alex levanta la guardia y comienza a dar brinquitos

como si estuviera jugando a los boxeadores. Burlonamente hago lo mismo. Doy un brincó hacía él y él da dos hacía atrás, todos le gritan que no sea puto, que pelee. Se le pone la cara roja y cuando exhala escupe baba, parece que está a punto de llorar. «¡Órale, putos!». Alguien me empuja por la espalda y choco contra Alex que me suelta un golpe en la ceja, no siento nada. «No le voy a pegar, véanlo», le digo a todos. Pero todos vinieron a ver sangre y se ponen de su lado. «¡Pégale, Alex, dale en su puta madre!». Alex comienza lentamente a acercarse hacia mí, no lo quiero lastimar, es mi cuate. Me aviento sobre él y trato de tirarlo al piso para someterlo sin tener que pegarle, pero se me escabulle y el que cae soy yo. Ridículo. El público ruge, todos se ríen de mí. Me levanto lo más rápido que puedo y ahora sí estoy caliente, le voy a pegar uno y ya, ahí se va a acabar todo y le voy a dar la mano. Le apunto al «botón», pero se agacha y solo lastimo al viento. ¡Urrrgghhhh! ¡Aire! ¡Mi panza! ¡Mi nariz! No veo nada. Arde. No puedo abrir los ojos, me están llorando. ¡No puedo llorar! ¡Mi ceja! ¡Cachete! ¡Boca! ¡Cuello! No puedo respirar, no puedo respirar. ¿Qué tengo en la boca? ¿Es un diente? ¿Dónde están todos? ¿Alex? ¿Qué fue eso? ¡Juhhhh! ¿Qué tronó? ¿Qué haces? ¡Alex, somos cuates! ¡Mi ojo! ¡Qué haces, Alex! No te iba a hacer nada. ¿Qué tengo en la boca? No puedo respirar. ¡No veo nada! ¡Agghghrhhbhrgh! Es su mano, está metiendo su mano en mi boca, ¿pero por qué? No la puedo morder, no siento la mandíbula, me está tocando la garganta. ¡No puedo respirar, no puedo respirar! Grragghahghghaggg ¡Alex, somos amigos! ¡No te iba a hacer nada!